

LA OPCIÓN POR LOS JÓVENES Y LA PROPUESTA EDUCATIVA DE DON BOSCO

Luciano PAZZAGLIA

Al preguntarle, en 1886, qué método prefería para conducir las almas a Dios, el de San Francisco de Sales o el de San Vicente de Paul, don Bosco salió del paso diciendo: «Il mio metodo si vuole che io esponga. Mah!... Non lo so neppur io. Sono sempre andato avanti come il Signore m'ispirava e le circostanze esigevano».¹

La respuesta no puede tomarse en sentido literal, como si el sacerdote piemontés hubiera querido verdaderamente sostener que había actuado exclusivamente empujado por las circunstancias externas. La respuesta parecería, más bien, un expediente para no tener que pronunciarse entre dos autores a los que estaba igualmente ligado.² Los estudiosos comparten ampliamente la convicción de que don Bosco fue más un educador que un «pedagogo», en sentido riguroso. Con todo, el preeminente carácter práctico de su empeño no debe hacer pensar que don Bosco careciese de un diseño teórico o que fuese adelante de forma casual. Hay que decir, a lo sumo, que resulta difícil organizar los múltiples aspectos de su obra en una visión de conjunto. Tal dificultad es debida, más que a la cantidad de documentación disponible, a la línea seguida por don Bosco en su itinerario. De hecho, llegó muy pronto a elaborar los principios fundamentales a los que iba a permanecer fiel durante toda su vida; pero, al mismo tiempo, trató de obrar de acuerdo con las necesidades del momento y de adaptar aquellos principios a las diversas circunstancias históricas. No hay, pues, que maravillarse de que su pensamiento, aun conservando algunas coordenadas estables, presente contornos algo sinuosos y se escape al intento de quien quisiera situarlo en el cuadro de un proyecto rígidamente unitario. Recientemente alguien se ha preguntado si, en vez del «sistema

¹ La pregunta había sido formulada por M. Dupuy, rector del seminario de Montpellier, en una carta enviada a don Bosco, el 2 de julio de 1886, para agradecerle la visita hecha a dicho seminario, al regresar de su viaje a Barcelona. La carta de Dupuy y la frase de don Bosco se encuentran en: MB XVIII, 126-127 y 655-657.

² P. BRAIDO, *Il progetto operativo di don Bosco e l'utopia della società cristiana*, Roma, LAS 1982, p. 6.

preventivo» de don Bosco – según una fórmula ya codificada –, no convendría más bien hablar de «sistemas», en plural.³

Con la presente colaboración quisiéramos verificar, aunque sea de forma muy general, en qué forma el sacerdote piemontés decidió dedicarse a la educación de los jóvenes, y, sobre todo, de qué modo esta opción se concretó en las diversas fases de su rica y compleja biografía. La empresa no es fácil, porque se trata, precisamente, de seguir la obra educativa de don Bosco, considerando las más amplias perspectivas sociales y religiosas, en las que fue colocándola. Preciso, de entrada, que al realizar este ensayo, me he servido especialmente de la propuesta interpretativa de P. Braido, según el cual, don Bosco pasó de posiciones basadas en la idea de recuperar, para la sociedad, a los jóvenes en peligro («pericolanti»), a posiciones comprometidas en la defensa de la juventud frente a una realidad social que él, poco a poco, debía considerar cada vez más densa de peligros para las nuevas generaciones.⁴

1. Las primeras experiencias entre la juventud «pobre y abandonada»

La versión dada por don Bosco, en sus *Memorie dell'Oratorio*, acerca de los comienzos del Oratorio, es generalmente conocida.⁵ En ese escrito, redactado en los primeros años 70, cuenta que empezó su obra en favor de los jóvenes abandonados el 8 de diciembre – día de la Inmaculada – de 1841, cuando, recién llegado a Turín para frecuentar el *Convitto ecclesiastico* dirigido por Caffasso y Guala, encontró casualmente a un joven, llamado Garelli, y, con su consentimiento, se puso a enseñarle algunas nociones de catecismo. La reciente publicación de algunos escritos inéditos de don Bosco autoriza, sin embargo, a pensar que el Oratorio surgió de forma menos azarosa de lo que dichas *Memorie* querrían hacer creer.⁶ En el *Cenno storico dell'Oratorio*, de 1854, el sacerdote piemontés escribió que había dado comienzo a su trabajo, reanudando, a finales del año 1841, una iniciativa catequística dominical vera-

³ P. BRAIDO, *L'esperienza pedagogica di don Bosco nel suo «divenire»*, ponencia presentada en el seminario de estudio: «Don Bosco e la sua esperienza pedagogica: eredità, contesti, sviluppi, risonanze» (Venecia, 3-5 octubre 1988), cuyas actas fueron publicadas en «Orientamenti Pedagogici» 31 (1989) 3-241, y en: C. NANNI (ed.), *Don Bosco e la sua esperienza pedagogica*, Roma, LAS 1989 (la ponencia de Braido: p. 11-39).

⁴ En este sentido se ha pronunciado Braido en: P. BRAIDO (ed.), *Esperienze di pedagogia cristiana nella storia*, vol. II: *sec. XVII-XIX*, Roma, LAS 1981, p. 322s.; BRAIDO, *Il progetto operativo di don Bosco*, p. 19-20; y, últimamente, BRAIDO, *L'esperienza pedagogica di don Bosco*, p. 20-21.

⁵ MO 124-125.

⁶ Los escritos inéditos a los que nos referimos fueron publicados por: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 13-81. En realidad los escritos presentados por Braido son tres: una *Introduzione* (que había ya dado a conocer en: G. BOSCO, *Scritti sul sistema preventivo*, p. 360-362), el *Cenno storico dell'Oratorio di S. Francesco di Sales* y los *Cenni storici intorno all'Oratorio di S. Francesco di Sales*. La *Introduzione* y el *Cenno storico* fueron redactados según Braido en 1854; según los *Cenni storici*, en 1862.

niega para aprendices de albañil, iniciada años antes por Cafasso, pero que éste había abandonado después.⁷ En los *Cenni intorno all'Oratorio*, de 1862, don Bosco afirmaba, en cambio, que había iniciado su obra para salir expresamente al paso de los problemas de los jóvenes presos, que, puestos en libertad, tenían necesidad de alguien en quien apoyarse. Las versiones dadas por los dos escritos – que, como se ve, no hacen ninguna alusión al episodio relativo al joven Garelli –, no son necesariamente contrastantes. En efecto, puede darse que don Bosco, aconsejado por don Cafasso, reactivase la experiencia catequística que éste no había tenido la posibilidad de proseguir: esto explicaría, entre otras cosas, la rapidez con la cual el novel sacerdote promovió los encuentros dominicales, desde sus primeras semanas en Turín. Pero no se puede excluir que, habiendo comenzado mientras tanto a visitar a los presos – acompañando a don Cafasso –, se le hubiese ocurrido utilizar aquel servicio para ayudar también a los jóvenes salidos de la prisión. Fuese cual fuese la verdadera intención con la cual don Bosco emprendió su obra, queda claro que ésta, bastante pronto, se iba a dirigir, no a una categoría específica, como era la de los ex presos, sino más en general a los muchachos «pobres y abandonados» de la ciudad o que llegaban a Turín desde los pueblos cercanos: jóvenes sin residencia fija, desocupados o empleados en trabajos eventuales, habituados a vivir precariamente, y expuestos a todos los riesgos de la calle.⁸

La historiografía ha discutido ampliamente sobre las fuentes culturales de don Bosco. Por de pronto, hay que observar que la decisión de reunir, los domingos, a grupos de jóvenes para entretenerlos con algunos juegos e instruirlos en las verdades del cristianismo, no constituía una novedad. El título de verdadero iniciador de aquel tipo de actividades en Turín correspondería, en todo caso, a don Cocchi, el cual había abierto, el año 1841, el «Oratorio dell'Angelo Custode» en el barrio del Moschino.⁹ En otras ocasiones, teniendo pre-

⁷ Escribe don Bosco: «Quest'Oratorio, ovvero adunanza di giovani ne' giorni festivi cominciò nella chiesa di S. Francesco di Assisi. Il Sig. D. Caffasso già da parecchi anni in tempo estivo faceva ogni Domenica un catechismo a' garzoni muratori in una stanzetta annessa alla sacrestia di detta chiesa. La gravezza delle occupazioni di questo Sacerdote gli fecero interrompere questo esercizio a lui tanto gradito. Io lo ripigliai sul finire del 1841, e cominciai col radunare nel medesimo luogo due giovani adulti, gravemente bisognosi di religiosa istruzione» (BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 38-39). Diversos estudiosos han atribuido a la iniciativa de Cafasso el comienzo de los oratorios en el *Convitto* de Turín. Incluso P. Stella, el más informado estudioso de don Bosco, en su obra: *Don Bosco I*, p. 95. P. Braido, sin embargo, recuerda que en la tradición salesiana esta atribución ha sido impugnada por algunos: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 38.

⁸ El texto del 62 afirma perentoriamente: «L'idea degli Oratori nacque dalla frequenza delle carceri di questa città» (BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 60).

⁹ Puede verse sobre don Cocchi: E. REFFO, *Don Cocchi e i suoi artigianelli*, Torino, Tipografia S. Giuseppe degli Artigianelli 1896; se encuentran referencias en el estudio dedicado por el mismo Reffo a la *Vita del T. Leonardo Murialdo*, Torino, Tipografia S. Giuseppe degli Artigianelli 1905; se halla también amplia información acerca de don Cocchi y, más en general, acerca de los oratorios turineses en: A. CASTELLANI, *Il beato Leonardo Murialdo*, 2 vol., Roma, Tipografia S. Pio X 1966-1968.

sentes las indicaciones dadas por algunos estudiosos, además de los testimonios provenientes del ambiente de don Bosco, he sostenido que el Oratorio de este último se fue caracterizando, respecto al de don Cocchi, por un más organizado empeño educativo.¹⁰ Tal afirmación habría, quizás, que matizarla un poco, pues, en realidad, el Oratorio del Angel Custodio no dejó de promover, a lo largo del camino, iniciativas que, más allá de la preocupación de entretener a los muchachos con juegos y ejercicios físicos, se proponían atender a la formación moral, religiosa y cívica. Es singularmente interesante, a este respecto, el proyecto de escuelas dominicales y nocturnas que don Cocchi, con la ayuda del teólogo R. Murialdo, perfeccionó en 1847:¹¹ un proyecto que, por lo menos en el papel, no tenía nada que envidiar a las líneas educativas que, en los últimos años 40, había madurado Bosco.

No debe sorprender que la nueva generación de sacerdotes – como don Bosco y don Cocchi, profundamente animados del deseo de socorrer los sectores sociales más míseros – vinculase el crecimiento de los jóvenes pobres y abandonados a una mejor educación de los mismos, también desde el punto de vista cívico. Téngase presente que, desde hacía algún tiempo, la cultura de la prevención, superando la visión defensivo-punitiva de los siglos precedentes, estaba subrayando la urgencia de ayudar a los jóvenes marginados, dándoles los instrumentos indispensables para integrarse en la sociedad. Los exponentes de tal cultura – muy preocupados por las repercusiones sociales del pauperismo, de la mendicidad, del vagabundeo – recomendaban contener los fenómenos de la marginalidad con una serie de medidas indirectas. Entre éstas, en primer lugar, la instrucción y educación de los niños y adolescentes necesitados.¹² Para evitar falsas interpretaciones, es oportuno añadir que, aunque colocándose en una posición mucho más abierta respecto a la represiva de la tradición, la nueva concepción preventiva seguía considerando a la sociedad existente como una estructura intrínsecamente buena, y seguía considerando a las personas colocadas en los márgenes del consorcio civil como a sujetos «peligrosos», a los que había que ayudar, desde una perspectiva esencialmente paternalista. No podemos decir si don Bosco siguió y profundizó las publicaciones de estudiosos como Morichini, Petitti o De Gérando.¹³ Pero, desde los co-

¹⁰ L. PAZZAGLIA, *Apprendistato e istruzione degli artigiani a Valdocco (1846-1886)*, en: F. TRANIELLO (ed.), *Don Bosco nella storia della cultura popolare*, Torino, SEI 1987, p. 16-17; respecto a la hipótesis de que el Oratorio de don Bosco tenía un enfoque pedagógico más sólido y completo que el de don Cocchi, cf. G. CHIOSSO, *L'Oratorio di don Bosco e il rinnovamento educativo nel Piemonte carloalbertino*, en: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 98ss.

¹¹ *Oratorio dell'Angelo custode*, en «L'Educatore. Giornale d'Educazione ed Istruzione» 3 (1847) 762-765.

¹² Acerca de los debates que, en la primera mitad del Ochocientos, se entablaron en torno al tema de la prevención socio-asistencial, cf. G. MILANESI, *Sistema preventivo e prevenzione in don Bosco*, comunicación presentada en el citado seminario de Venecia: «Don Bosco e la sua esperienza pedagogica» (p. 148-165).

¹³ C.L. MORICHINI, *Degl'Istituti di pubblica carità e d'istruzione primaria in Roma*, Roma,

mienzos de su actividad, conoció la acción realizada en Turín por instituciones como el *Albergo di Virtù* o la *Opera della Mendicizia Istruita*, que, activas ya desde hacía tiempo, habían renovado recientemente su ayuda en favor de los jóvenes en peligro («pericolanti»).

¹⁴

Estas breves alusiones permiten precisar el contexto en el que don Bosco empezó a trabajar. Su opción de ponerse al servicio de la juventud pobre y abandonada arrancaba, ciertamente, de forma directa y prevalente, de las razones propias de la caridad cristiana; pero, aun así, no se puede dudar de que, inicialmente, las modalidades de tal opción se tiñeron de las orientaciones de la cultura preventiva de la época. Es decir, muy pronto, don Bosco comprendió la necesidad de contrarrestar la marginación de la juventud por medio de un generoso y fuerte empeño asistencial-educativo; pero en términos no muy lejanos de los típicos de la cultura entonces generalizada, comenzó su trabajo considerando que todo el problema consistía en volver a ganar a los jóvenes para la vida social. Esta perspectiva se alimentaba, principalmente, de la convicción de que, siguiendo la inspiración de los principios de la tradición cristiano-católica, la sociedad era capaz de «garantire ordine, sanità morale, pace religiosa».

¹⁵ Para darse cuenta de la confianza con la cual don Bosco miraba el orden social – al que el viento revolucionario había asestado un duro golpe, y que la Restauración trataba de volver a poner en pie –, es suficiente hojear la *Storia ecclesiastica*, redactada por él en 1845, y considerar el juicio negativo emitido sobre los movimientos revolucionarios que, a su entender, tenían como objetivo la desestabilización de los equilibrios conseguidos con la alianza entre el trono y el altar.¹⁶ No se puede, sin embargo, excluir que hayan pesado además sobre don Bosco el concepto algo pesimista de la naturaleza del hombre y el sentido agudo del pecado original adquiridos en el seminario en la clase de teología rigorista que allí se enseñaba, y por cuyas sugerencias él mismo había sido inducido a dudar hasta de la propia capacidad de salvarse.¹⁷ Los escritos de este período – piénsese en los *Cenni storici della vita del chierico Luigi Comollo*¹⁸ o en el testimonio acerca de su compañero de seminario G. Bur-

Stamperia dell'Ospizio apostolico presso P. Aurelj 1835; C.I. PETITTI DI RORETO, *Saggio sul buon governo della mendicizia, degli istituti di beneficenza e delle carceri*, Torino, Bocca 1837; J.M. DE GÉRANDO, *Della pubblica beneficenza*, 7 vol., Firenze, C. Torri 1842-1846.

¹⁴ Sobre el «Albergo di Virtù», cf. G. PONZO, *Stato e pauperismo in Italia: L'Albergo di virtù di Torino (1580-1836)*, Roma, la Cultura 1974. Sobre la «Opera della Mendicizia Istruita», cf. las amplias referencias de P. STELLA, *Don Bosco nella storia economica e sociale (1815-1870)*, Roma, LAS 1980, p. 61ss.

¹⁵ BRAIDO, *L'esperienza pedagogica di don Bosco*, p. 20.

¹⁶ G. BOSCO, *Storia ecclesiastica ad uso delle scuole utile per ogni ceto di persone*, Torino, Tip. Speirani e Ferrero 1845, ahora en: OE I, 161-556.

¹⁷ Respecto a la formación recibida por el joven Giovanni Bosco en el seminario de Chieri, además de los recuerdos del mismo don Bosco (MO 89ss), se puede ver la paciente reconstrucción de STELLA, *Don Bosco I*, p. 51ss.

¹⁸ [G. BOSCO], *Cenni storici sulla vita del chierico Luigi Comollo morto nel seminario di*

zio¹⁹ – dan la impresión de que en aquel momento don Bosco tenía un concepto de los jóvenes matizado de severidad. Son sintomáticas las valoraciones hechas entonces de sus ex compañeros seminaristas. Uno se sentiría inclinado a decir que no logró descubrir en ellos más que seres vacíos y superficiales, aunque sea con la excepción de algunos «veramente buoni»; pero estos últimos – anotaba – «son pocos, y precisamente por esto se debe usar la más atenta cautela, y, encontrados algunos, tratarlos con frecuencia, y establecer aquella familiaridad espiritual de la cual se recaba tanto provecho».²⁰ En la perspectiva de una visión que parecía dar poco crédito a la juventud en general, era natural que, al entrar en contacto con la categoría de los muchachos más extraviados, don Bosco pensara que el único camino a seguir fuese el de reintegrarlos en el contexto social en el que, en virtud de las costumbres inspiradas en los principios religiosos, tales jóvenes podrían mantenerse en el recto sendero.

Pero ya en los primeros años de la estancia en Turín, don Bosco puso premisas significativas para una ampliación de sus perspectivas. Mientras tanto, el perfeccionamiento pastoral en el *Convitto*, realizado bajo la prudente guía de Cafasso (que continuaría siendo el director espiritual de don Bosco hasta 1860), le permitió superar el rigorismo teológico del seminario con concepciones espirituales caracterizadas por un sentido de mayor equilibrio.²¹ En la escuela de Guala y Cafasso, don Bosco encontró y conoció mejor a autores como San Alfonso de Liguorio, San Felipe Neri, San Francisco de Sales. Reflexionando sobre ellos, pudo abrirse al sentido de la esperanza cristiana y del abandono confiado en la misericordia de Dios.²² El *Convitto* resultó muy eficaz al

Chieri ammirato da tutti per le sue singolari virtù scritti da un suo collega, Torino, Tip. Speirani e Ferrero 1844, ahora en: OE I, 1-83.

¹⁹ La «notificazione» hecha por don Bosco apareció en: F. GIORDANO, *Cenni istruttivi di perfezione proposti a' giovani desiderosi della medesima nella vita edificante di Giuseppe Burzio*, Torino, Stamperia degli Artisti tipografi 1846, p. 96ss., ahora en: OE II, 6ss.

²⁰ El juicio, en realidad, era el que don Bosco decía haber escuchado de labios de su compañero Comollo, y formaba parte de la división con que éste había clasificado a los clérigos, según tres categorías: «cattivi», «non cattivi, ma non molto buoni», «veramente buoni» (OE I, 63-64). Es fácil suponer que ésta fuera también la apreciación de don Bosco. De las *Memorie dell' Oratorio* parecería desprenderse que a esa clasificación de los jóvenes según las tres categorías recordadas, don Bosco había llegado, por su cuenta, al valorar a sus compañeros de latinidad, durante los años de los estudios secundarios en Chieri (cf. MO 50-51). Sobre el juicio bastante crítico que, en los primeros años 40, emitía sobre el seminario y sobre sus moradores, se puede ver también el testimonio acerca de su compañero G. Burzio, en el que sostiene que un buen seminarista debería tener, con los ojos de la paloma, la sagacidad de la serpiente, si desea salir inmune «da' scogli nascosti a fior d'acqua, che nel porto medesimo potrebbbero delle volte presentare il naufragio e la morte» (OE II, 8-9). Entre estos «scogli», don Bosco ponía en primer lugar el de los malos compañeros.

²¹ Sobre los años pasados por don Bosco en el *Convitto*, cf. STELLA, *Don Bosco* I, p. 85ss.

²² Sobre las relaciones de don Bosco con San Alfonso, cf. STELLA, *Don Bosco* I, p. 87ss.; M. MARCOCCHI, *Alle radici della spiritualità di don Bosco*, en este mismo volumen. Sobre los contactos de don Bosco con el pensamiento de San Felipe Neri y de San Francisco de Sales, cf. BRAIDO, *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 306-307.

ayudarle a fijar las líneas fundamentales de su apostolado. Impulsado a salir de las abstractas diatribas doctrinales para confrontarse con las exigencias de la concreta cura de almas, don Bosco comprendió que, en vista de la gloria de Dios, lo que contaba no era la adopción de una doctrina teológica en lugar de otra, sino más bien la ayuda efectiva que, como sacerdote, era capaz de dar a las personas.

En octubre de 1841, terminada su práctica pastoral en el *Convitto*, llegó a ser capellán de la «Opera Pia del Rifugio» de la marquesa Barolo, y tuvo la posibilidad de dar a sus encuentros dominicales con los jóvenes una organización más estable: fue precisamente durante el período del Refugio cuando don Bosco comenzó a designar su obra con el nombre de «Oratorio di San Francesco di Sales». La actividad que fue desarrollando (de acuerdo con una fórmula que unía siempre a la explicación del catecismo pasatiempos alegres y entretenidos, además de momentos de verdadera y propia instrucción), debía confirmarlo en la persuasión de que sólo viviendo con los muchachos y cuidándose de ellos era posible conducirlos a pensar en las cosas del cielo.²³ Es decir, don Bosco se daba cuenta de que un punto esencial de su acción era hacer comprender a sus jóvenes que habían encontrado un «amigo», una persona de quien se podían fiar y a la que era posible abrir el propio corazón. En aquel momento, cuando los muchachos se sintiesen circundados de profundo afecto y sincera solidaridad humana, el problema de su recuperación resultaría menos difícil: «Fue entonces – diría más tarde refiriéndose a aquellas primeras experiencias – cuando yo palpé con la mano que los jóvenes salidos del lugar de castigo, si encuentran una mano benévola, que cuide de ellos, los asista en los días festivos, trate de colocarlos a trabajar con algún honesto patrón, yéndolos a visitar alguna vez a lo largo de la semana, estos jóvenes comenzaban una vida honrada, olvidando el pasado, llegaban a ser buenos y honestos ciudadanos».²⁴

Los historiadores se han preguntado si don Bosco adquirió esta idea de prevención en un sentido más marcadamente promocional impulsado por alguna fuente precisa. Se puede decir, sin más, que la profundización del apostolado de un San Felipe Neri o de un San Francisco de Sales no podía dejarlo indiferente, sobre todo, por las orientaciones que daban sobre aspectos como la alegría, puesta por San Felipe Neri en el centro de su propia visión educativa, o como la dulzura y caridad, que San Francisco de Sales tanto recomendaba a los que se preparaban a comenzar su trabajo en la cura de almas.²⁵

²³ Por lo que se refiere a la instrucción propiamente dicha, don Bosco comenzó organizando los domingos un breve encuentro instructivo encaminado a impartir a los muchachos los primeros rudimentos de la lectura y escritura: en los *Cenni storici* se lee que la «scuola domenicale» se inició en el 1845, pero Braidó opina que esta fecha habría que retrasarla un año (cf. BRAIDÓ, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 68).

²⁴ MO 127.

²⁵ Don Bosco hacía, en su *Storia ecclesiastica*, algunas alusiones a san Felipe Neri y a San

Junto a estos maestros de la espiritualidad, don Bosco tuvo también seguramente presentes algunos autores de la literatura ascético-pedagógica menor, de la cual la Iglesia se servía (y no sólo desde entonces), para difundir en medio del pueblo el culto de las verdades y de las virtudes cristianas. P. Stella ha verificado que, entre las fuentes del *Giovane provveduto* – redactado por don Bosco en 1847 para ayudar a sus muchachos a vivir como cristianos²⁶ –, hay que poner una obrita de Gobinet, autor de diversos escritos devocionales profundamente empapados del espíritu de San Francisco de Sales.²⁷ Pero en la base de la reflexión y de la praxis de don Bosco, ocupado en consolidar su Oratorio, se pueden encontrar también analogías y coincidencias con obras de autores y ambientes contemporáneos. Piénsese, por ejemplo, en la propuesta pedagógica de los hermanos de las Escuelas Cristianas, a la enseñanza de Aporti, a las temáticas de los educadores y de los pedagogos que se agrupaban en torno a la revista «L'Educatore Primario». Podríamos decir que se trata de todo un movimiento que, aun sin llevar adelante una acción programáticamente coordinada, estaba poniendo de relieve la importancia de la educación popular y subrayando la urgencia de una obra de formación que, antes de castigar y reprimir, debería evitar que los muchachos cometiesen el error.²⁸ Sin embargo, P. Braido ha mostrado que, aparte algunas relevantes coincidencias, no existe una documentación que permita hablar de una directa dependencia entre don Bosco y aquellos autores o grupos, con algunos de los cuales man-

Francisco de Sales, así como a otros apóstoles surgidos después del concilio de Trento (OE I). Son significativos los rasgos con que fueron caracterizados los dos santos: «Correva per le piazze, per le contrade raccogliendo specialmente i ragazzi i più abbandonati, i quali radunava in qualche luogo, dove con lepidetze ed innocenti divertimenti li teneva lontani dalla corruzione del secolo, e li istruiva nelle verità della fede» (*Ibid.*, p. 473); de San Francisco de Sales: «Spinto dalla voce di Dio che lo chiamava a cose grandi; colle sole armi della dolcezza e carità si parte per Chiabiese. Alla vista delle chiese abbattute, dei monasteri distrutti, delle croci rovesciate, tutto s'accende di zelo e comincia il suo apostolato» (*Ibid.*, p. 479-480). En las *Memorie dell'Oratorio*, indicando las razones por que había decidido designar su obra con el nombre de San Francisco de Sales, precisaba que lo había hecho, entre otras cosas, para que este santo «ci ottenesse da Dio la grazia di poterlo imitare nella sua straordinaria mansuetudine e nel guadagno delle anime» (MO 141).

²⁶ G. BOSCO, *Il giovane provveduto per la pratica de' suoi doveri degli esercizi di cristiana pietà per la recita dell'Uffizio della Beata Vergine e de' principali vesperi dell'anno coll'aggiunta di una scelta di laudi sacre ecc.*, Torino, Paravia 1847, ahora en: OE II, 183-532.

²⁷ La obra en cuestión de Gobinet es *Instruction de la jeunesse en la piété chrétienne...*, publicada por primera vez en 1655, y destinada a convertirse, muy pronto, en un libro de espiritualidad juvenil muy difundido. De las varias traducciones italianas recordamos: P. GOBINET, *Istruzione della Gioventù nella pietà cristiana*, Torino, Associazione presso i librai Maspero e Serra 1831 (que constituía el vol. 23 de la «Scelta biblioteca economica d'opere di religione»). Sobre las relaciones entre el *Giovane provveduto* y el escrito de Gobinet, cf. P. STELLA, *Valori spirituali nel «Giovane provveduto» di san Giovanni Bosco*, Roma, Scuola Grafica Borgo Ragazzi Don Bosco 1960.

²⁸ Cf. a este propósito: P. BRAIDO, *Stili di educazione popolare cristiana alle soglie del 1848*, en: *Pedagogia fra tradizione e innovazione*, Milano, Vita e pensiero, 1979, p. 383-404; BRAIDO, *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 310-313; G. CHIOSSO, *L'Oratorio di don Bosco*, en: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 83-116.

tuvo relaciones.²⁹ Obviamente, de este hecho no es lícito concluir que él haya elaborado sus convicciones educativas a partir de su sola experiencia, alimentada a lo sumo con las tradiciones espirituales y ascéticas aludidas más arriba. Las analogías recordadas indican que don Bosco participaba, por lo menos, de un mismo clima cultural.

De todos modos, es cierto que, al final de los años 40, el sacerdote piemontés se acercaba a una visión más serena de la juventud, aunque sin caer en cierto optimismo rousseauiano; acerca del cual, por el contrario, continuó manteniendo con firmeza sus reservas. Es fácil poner de relieve en *Il giovane provveduto* que don Bosco estaba madurando aquella visión más serena, en estrecha relación con la perspectiva teológica fundada sobre un Dios que – en modo diverso del conocido a través de las doctrinas rigoristas del seminario –, asumía cada vez más la imagen de un padre bueno, deseoso de ayudar a los hijos a lograr la propia salvación. En el cuadro de tal concepción, don Bosco afirmaba así: «Convencidos, queridos hijitos, de que todos hemos sido creados para el paraíso, debemos dirigir todas nuestras acciones a este fin. A esto os debe mover especialmente el gran amor que Dios os tiene. Aunque Él ame a todos los hombres, como obra de sus manos, tiene, sin embargo, un amor especial para los jovencitos, en los cuales encuentra sus delicias: *Deliciae meae esse cum filiis hominum*. Por lo tanto sois la delicia y el amor de aquel Dios que os creó. Él os ama porque estáis todavía a tiempo para hacer muchas obras buenas; os ama porque estáis en una edad sencilla, humilde, inocente, y, en general, no habéis sido todavía presa infeliz del enemigo infernal».³⁰

La base sobre la que don Bosco habría edificado su concepción preventiva estaba ya puesta. Si la juventud se presentaba no sólo como la parte de humanidad más amada por Dios, sino también como el tiempo más precioso para ganarse el paraíso, los adultos tenían la delicada tarea de acercarse con caridad paterna y con razonable solicitud a los jóvenes para sostenerlos en su fragilidad y, con la ayuda de la gracia, hacer crecer en sus corazones el amor de la virtud y de la vida cristiana. Con otras palabras, la propuesta hacia la que don Bosco se estaba encaminando era una propuesta educativa que, aun sin desconocer la importancia del sostén de las estructuras sociales, buscaba, ante todo, consolidar las energías interiores de cada muchacho, de modo que fuese puesto, gradualmente, en la condición de discernir y querer el bien.

²⁹ Éste no comparte, por tanto, la posición de quien, como A. Caviglia, ha llegado a sostener que don Bosco vendría a depender de las perspectivas pedagógicas de los hermanos de las Escuelas Cristianas y de los pedagogos que se agrupaban en torno a «L'Educatore Primario» (cf. BRAIDO, *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 310).

³⁰ OE II, 190-191.

2. En el clima de las tensiones políticas y de la propaganda antirreligiosa

Mientras tanto, en el año 1846, el Oratorio había encontrado su lugar definitivo en Valdocco, zona periférica de la ciudad de Turín, y podía por tanto enriquecerse con nuevas actividades. En el invierno de dicho año, dándose cuenta de que los primeros rudimentos de lectura y escritura, que se impartían a los muchachos los días de fiesta, eran excesivamente irregulares y no podían producir frutos duraderos, don Bosco decidió organizar las escuelas nocturnas, con la enseñanza de la lectura y escritura, y, más tarde, de la aritmética y del dibujo.³¹ Al principio, el momento instructivo nació claramente en apoyo de la formación religiosa propiamente dicha; pero bastante pronto se cargó de un valor humano propio, porque permitía a los muchachos una mejor integración no sólo con la religión sino con la sociedad. Que el crecimiento espiritual debía concebirse enraizado en el crecimiento de todo el hombre era, por otra parte, una convicción del mismo don Bosco, quien, desde el 47, había afirmado que, siguiendo el método que les había propuesto, los jóvenes, antes que «afortunados moradores del cielo», llegarían a ser «el consuelo de los [...] parientes, el honor de la patria, buenos ciudadanos en la tierra».³²

Desde esta óptica se explica también la preocupación con la que él trataba de procurar a cada uno de sus muchachos un trabajo, de modo que, arrancados del ocio, tuviesen la posibilidad de llenar dignamente la vida y sentirse miembros activos de la sociedad civil. Don Bosco avanzaba, cada día más, hacia una concepción que conjugaba una intensa inspiración religiosa fundamental con una fuerte atención a los valores humanos. Es posible, sin duda, decir que, desde los comienzos, su proyecto tendía a dar a sus jóvenes todo lo que necesitasen: ante todo, los instrumentos para desarrollar su vida de fe; pero, al mismo tiempo, ayuda material, trabajo, amistad, cuidado de su salud, consejos, momentos de diversión y de alegría.³³ Naturalmente este «programma globale d'intervento» llegó a ser relativamente más realizable, cuando pudo contar con una morada que, si bien al principio era muy modesta, tenía de todos modos la ventaja de ofrecer un apoyo estable y seguro. Con la primavera de 1847, aprovechando la disponibilidad de la casa, don Bosco dio también alojamiento a algunos muchachos. Desde aquel momento Valdocco, junto al oratorio festivo y las escuelas nocturnas, disponía de un hospicio que permi-

³¹ Sobre la fecha (1846), indicada como el comienzo de las escuelas nocturnas, cf. el testimonio del mismo don Bosco en *Cenni storici*, en: BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 72; pero, en las *Memorie dell'Oratorio*, había hablado del invierno de 1845-1846 (y Ceria había llegado hasta a adelantar la fecha del comienzo al año 1844) (cf. MO 150-151). Según Braido, las escuelas nocturnas de don Bosco comenzaron, muy probablemente, en el invierno de 1846-47 (*Don Bosco nella Chiesa*, p. 72).

³² OE II, 187.

³³ Braido, al resaltar esta labor de sostén integral, habla de «programma globale d'intervento» (BRAIDO, *Il progetto operativo*, p. 9).

tiría a un cierto número de jóvenes ir durante el día a la ciudad, para trabajar en diversos talleres o para estudiar en casa de algunos profesores privados, y volver por la tarde al Oratorio, donde, gracias también a la activa y amable presencia de la madre de don Bosco, encontraban el calor de una verdadera familia.

Para comprender la importancia que en la estrategia del sacerdote piemontés iba a adquirir progresivamente la fórmula del hospicio – y del colegio, como veremos –, es necesario no olvidar las vicisitudes políticas de los últimos años 40. P. Stella no excluye que, en los primeros meses de 1848, don Bosco se dejara tentar por cierta simpatía neogüelfa, en un momento en que «la mayoría del clero (y también de prelados que después se separaron de la causa nacional y se mostraron intransigentes) se adhirió al neogüelfismo y aplaudió la guerra de la independencia».³⁴ Para apoyar esta no abstracta hipótesis, se pueden aducir no sólo el adjetivo «grande» atribuido por don Bosco a Gioberti en la nueva edición de su *Storia ecclesiastica* publicada en 1848,³⁵ sino también algunas ideas que se pueden encontrar en el primer número del «Amico della Gioventù», un periódico político-religioso que el sacerdote piemontés comenzó a publicar a partir del mes de octubre de 1848.³⁶ En un artículo titulado *Religione e libertà* – que apareció anónimo, pero que, si no de don Bosco, fue publicado verosímilmente con su aprobación³⁷ –, se sostenía la tesis, según la cual, la Iglesia, diversamente a lo que los adversarios querían hacer creer, no odiaba ni el progreso ni el sentimiento nacional: «En suma, cada día aparece más claro que catolicismo, progreso y nacionalidad son reconciliables entre sí más de lo que parece a primera vista; que los dos últimos encontraron ventajas en el primero, y que a él deben dirigirse todavía si quieren obtener su triunfo».³⁸ Pero si nutrió alguna simpatía neogüelfa, la abandonó bien pronto, y co-

³⁴ STELLA, *Don Bosco* II, p. 78.

³⁵ Al introducir un elogio de Pío IX, don Bosco escribía: «I sovrani impararono da lui [da Pio IX] il vero modo di governare i popoli. La sola sua presenza forma la meraviglia di chi lo può vedere. Il gran Gioberti chiama il giorno che lo vide il più bello di sua vita» (G. BOSCO, *Storia ecclesiastica per uso delle scuole utile ad ogni stato di persone*, Torino, Tip. Speirani e Ferrero 1848, p. 182). En la edición siguiente, publicada por don Bosco en 1870, la referencia a Gioberti ya no apareció.

³⁶ El periódico no tuvo mucho éxito y en el mes de mayo de 1849, después del fascículo LXI, se fundió con «L'Istruttore del Popolo» (STELLA, *Don Bosco* II, p. 78-79).

³⁷ El artículo se puede consultar en el último volumen de las *Opere edite*, publicado recientemente: OE XXXVIII, 291-292.

³⁸ OE XXXVIII, 292. En el artículo se emitía, entre otros, un juicio lisonjero sobre la juventud: «In simile stato di cose, dedicati al bene della gioventù, abbiamo ideato di rivolgersi a questa bella età delle speranze, invitandola a voler usare pienamente di sua libertà» (*Ibid.*). El juicio reflejaba lo que la Dirección de «L'Amico della Gioventù» escribía en el editorial del mismo número, titulado «Programma» (se puede ver en: OE XXXVIII, 289-290). Al hacer una llamada a los lectores, para que colaborasen en la obra que iba a emprender, la Dirección observaba en efecto: «[La gioventù] è la porzione più favorita del genere umano, sopra cui si fondano le speranze della patria, il sostegno delle famiglie, l'onore della Religione e dello Stato» (*Ibid.*). En modo

menzó a temer que la abolición de la censura (30 octubre 1847), la concesión del Estatuto (4 marzo 1848) y, sobre todo, la equiparación de los valdenses (17 febrero 1848) y de los hebreos (29 marzo 1848) a los demás ciudadanos en gozar de los derechos civiles³⁹ fueran las señales premonitoras de algunas transformaciones políticas gravemente dañosas para la religión católica. Don Bosco tuvo la impresión de que, bajo el influjo de los enemigos del catolicismo, el Estado se estuviese alejando de la línea con la que hasta entonces había tutelado premurosamente a la Iglesia, recibiendo en cambio de ella el más leal apoyo. La introducción de otra serie de reformas, a partir de la abolición en 1850 del foro eclesiástico, y la adopción de algunas medidas, como la expulsión en el mismo año 1850 de mons. Fransoni, arzobispo de Turín, debía transformar aquella impresión en amarga convicción.⁴⁰ Desde aquel momento, don Bosco, más allá de sus declaraciones de ser ajeno a la política, vivió con la nostalgia de la organización político-social del *Ancien Régime*: una nostalgia no sin consecuencias, si se tiene presente que don Bosco quedaría ligado tanto a la idea de una estrecha integración entre trono y altar, como a la visión de una sociedad organizada jerárquicamente.

Pero el motivo por el cual más se angustió, después del 48-49, fue la activa propaganda con la cual los valdenses, aprovechando los nuevos espacios de libertad, trataban de ampliar la propia presencia en medio de la gente. Piénsese en lo que don Bosco debió probar en 1851 cuando en el barrio de Porta Nuova, donde había dado vida a otro Oratorio titulado de «San Luigi», vio surgir el templo valdense. Los escritos compuestos por él en este período – de los *Avvisi ai cattolici* a *Il cattolico istruito*⁴¹ – reflejan la viva preocupación con la que el autor seguía el proselitismo actuado entonces por los valdenses

análogo se expresaba don Bosco en un *Avviso sacro* difundido por él en aquellos mismos meses: «La porzione dell'umana società, su cui sono fondate le speranze del presente e dell'avvenire, la porzione degna dei più attenti riguardi è, senza dubbio, la gioventù» (MB III, 605).

³⁹ Los valdenses obtuvieron su emancipación en virtud de las «Regie lettere patenti» del 17 de febrero 1828; los judíos en virtud del regio decreto del 29 de marzo 1848. Pero la equiparación de los ciudadanos no católicos iba a tener, no mucho más tarde, una ulterior y más solemne confirmación. En efecto, el 19 de junio de 1848 era emanada una ley cuyo artículo único establecía que la diferencia de culto ya no constituiría «eccezione al godimento dei diritti civili e politici e all'ammissibilità alle cariche civili e militari». Sobre la emancipación de los valdenses y de los judíos, cf. G. SPINI, *Risorgimento e protestanti*, Napoli 1956; S. FOA, *Gli ebrei nel Risorgimento*, Roma/Assisi 1978.

⁴⁰ Para conocer el pensamiento de don Bosco sobre el 48, cf. lo que él iba escribir más tarde en: G. BOSCO, *La storia d'Italia raccontata alla gioventù da' suoi primi abitanti sino ai nostri giorni*, Torino, Paravia 1855, ahora en: OE VII, 1-558 y en: MO 204ss.; sobre la reconstrucción de aquellos acontecimientos hecha por don Bosco, sobre todo en las páginas de la *Storia d'Italia*, cf. F. TRANIELLO, *Don Bosco e l'educazione giovanile: la «Storia d'Italia»*, en: TRANIELLO (ed.), *Don Bosco nella storia della cultura popolare*, p. 81-111.

⁴¹ G. BOSCO, *La Chiesa cattolica-apostolica-romana è la sola vera Chiesa di Gesù Cristo. Avvisi ai cattolici*, Torino, Tip. Speirani e Ferrero 1850, ahora en: OE IV, 121-143; G. BOSCO, *Il cattolico istruito nella sua religione*. Trattenimenti di un padre di famiglia co' suoi figliuoli secondo i bisogni del tempo, Torino, De Agostini 1853, ahora en: OE IV, 195-646.

en Piamonte. Don Bosco juzgaba al protestantismo no sólo como una herejía religiosa – que, según la apologética del Setecientos, consideraba más como fruto de inmoralidad de las costumbres que de apostasía de la razón⁴² –, sino también como un fenómeno político que tendía a desquiciar toda legítima autoridad. Es sintomática, a este propósito, la presentación que él hacía de las consecuencias que, a su entender, producía el principio del libre examen: «El decir: haceos una religión a voluntad, es como decir: haced lo que queráis; robad, desobedeced, matad a vuestro rey, a los ministros, y a todo el que aparezca culpable a vuestros ojos, vosotros obraréis ciertamente bien, con tal de que creáis hacer buenas acciones».⁴³ En el curso de su campaña contra las «sectas», don Bosco tendía, por tanto, a identificar el protestantismo con la «revolución» y a presentar, por el contrario, el catolicismo como la religión que concurriría a instaurar la pacífica convivencia de todos.⁴⁴

En este contexto cobra nueva luz la importancia que en la praxis pedagógica del educador piamontés adquiría su hospicio. Este debería servir para contener los influjos negativos que, durante el día, habrían podido alcanzar a los jóvenes a través de las personas con que se encontraban, de las conversaciones que oían, de la prensa que corrían el peligro de tener entre manos. No carece de significado el que entonces don Bosco decidiese dirigir a los huéspedes un «brevísimo sermoncito por las noches después de las oraciones con el fin de exponer o confirmar alguna verdad que por ventura hubiese sido contradicha en el curso de la jornada».⁴⁵ Entre los años 1851 y 1853, Valdocco se enriquecía con la iglesia de San Francisco de Sales y con un nuevo edificio destinado a habitaciones: en 1853 los huéspedes de la casa eran cerca de unos veinte y comprendían, además de los artesanos y estudiantes, diversos clérigos que, al ser cerrado el seminario diocesano por la guerra de independencia, don Bosco muy gustosamente había acogido en su casa, poniendo en marcha una nueva experiencia educativa.⁴⁶ Como es fácil advertir, el Oratorio de don Bosco era ya una cosa bien diversa del simple encuentro dominical de los primeros años 40. Pero detrás de la evolución de las estructuras, había un cambio más profundo. Solicitado por el empuje de los acontecimientos de 1848, don Bosco empezó a revisar la concepción con la que, hasta entonces, había pensado que debía salvar para la sociedad a los muchachos abandonados de los que se venía ocupando. Es decir, tomaba cuerpo en él la idea de que eran los jóvenes – los jóvenes en general y no sólo los pobres y abandonados – los que tenían que ser puestos al abrigo de los influjos negativos de la realidad social. En esta óptica, el hospicio era solamente una etapa.

⁴² STELLA, *Don Bosco* II, p. 47ss.

⁴³ OE IV, 590.

⁴⁴ STELLA, *Don Bosco* II, p. 81ss.

⁴⁵ MO 205.

⁴⁶ Don Bosco se complacía diciendo que, después de 1848, el Oratorio se convirtió por casi veinte años en el seminario diocesano (MO 212).

En efecto, en 1853, pudiendo contar con un mayor número de locales, don Bosco creaba en Valdocco los primeros talleres (de zapateros y sastres) – a los que, a lo largo de unos diez años se habrían de añadir otros cuatro (de encuadernadores, carpinteros, tipógrafos y forjadores) –, y en 1855 instituía la tercera clase gimnasial – que a la vuelta de cuatro años estaría integrada por las clases restantes hasta completar un curso gimnasial completo. Después de estas medidas, el hospicio se transformaba en verdadero internado, en el que los muchachos tenían la posibilidad de dormir, comer y trabajar o estudiar. La progresiva transformación de Valdocco – que conservó de todos modos el Oratorio festivo –, se actuó también para dar una respuesta a algunas exigencias muy concretas como, por ejemplo, la necesidad de proporcionar a los huéspedes del Oratorio vestidos y calzado, o la oportunidad de acompañar el trabajo de escritor y de editor de don Bosco con un taller de encuadernación y con una tipografía.⁴⁷ Pero en la base de esta evolución estaba, ante todo, la intención de proteger a los jóvenes de los peligros de una sociedad cuya obra, a los ojos de don Bosco, se hacía cada vez más perniciosa para la integridad de la vida moral y religiosa, en particular de aquellos en quienes no habían madurado todavía la fuerza de carácter y la solidez de convicciones.

Hacia la mitad de los años 50, don Bosco había esbozado ya las estructuras de las que se serviría definitivamente en su estrategia educativa. Y sería interesante estudiar detenidamente los documentos y reflexiones que elaboró en aquel período para encuadrar la praxis cotidiana. Pensamos, por ejemplo, en el conjunto de reglamentos redactados a partir de 1852, en la *Introduzione* y el *Cenno storico* ya recordados, en la conversación con U. Rattazzi de 1854; aunque, en realidad, el contenido de tal conversación fuera publicado en el «Bollettino Salesiano» del 1882 y se le pudieran, por tanto, añadir valoraciones y juicios posteriores.⁴⁸ Para los fines de nuestro discurso pueden bastar, quizás, algunas simples alusiones.

De estos y de otros documentos resulta confirmada, por de pronto, la idea positiva que mientras tanto don Bosco se había formado acerca de la juventud: «porción la más delicada y la más preciosa»,⁴⁹ «no mala de por sí»,⁵⁰ que se podía estropear «por inconsideración [...] no por malicia consumada».⁵¹ En la citada *Introduzione* el sacerdote piemontés llegaba, por tanto, a sostener que, quitados algunos obstáculos – como «la negligencia de los padres» [o bien la falta de afecto, el abandono], «el ocio» y los «malos compañeros» – sería «facilísima cosa» educar a los jóvenes e «insinuar en sus tiernos corazo-

⁴⁷ Sobre las razones que indujeron a don Bosco a implantar, en Valdocco, los diversos talleres me permito remitir a: PAZZAGLIA, *Apprendistato*, p. 20ss.

⁴⁸ El texto ha sido publicado recientemente por: A. FERREIRA DA SILVA, *Conversazione con Urbano Rattazzi*, en: BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 55-69.

⁴⁹ BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 34.

⁵⁰ BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 39.

⁵¹ BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 35.

nes los principios del orden, de las buenas costumbres, del respeto, de la religión».⁵²

La rápida definición que don Bosco, en el cuadro de su optimismo pedagógico, daba de la educación, merece ser señalada y confrontada con cuanto él mismo observaba en 1854, en el curso de la conversación con Rattazzi. En esta circunstancia, contraponiendo los métodos «represivo» y «preventivo» – según una terminología que, sin embargo, no podía todavía usar en el momento de su encuentro con el político –, don Bosco explicaba en qué consistía la acción preventiva: «Ante todo, aquí se procura infundir en el corazón de los jovencitos un santo temor de Dios; se les inspira amor a la virtud y horror al vicio, con la enseñanza del catecismo y con apropiadas instrucciones morales; se encaminan y se sostienen en la vía del bien con oportunos y benévolos avisos, y especialmente con las prácticas de piedad y de religión».⁵³ Ciertamente esta definición de educación era más precisa que la que hemos observado en la *Introduzione*; pero tanto la una como la otra se inspiran en el mismo principio. Don Bosco partía de la persuasión de que, si era ciertamente importante encontrar lugares donde «reunir» a los jóvenes, la parte más positiva y constructiva del prevenir se realizaba al sembrar – «insinuare», «infondere» – en el ánimo de los jóvenes los principios naturales y sobrenaturales. En esta perspectiva, se logra también dar un contorno más preciso a aquel contexto de amplia libertad que, como se lee en el *Cenno storico*, él afirmaba que había introducido en el Oratorio a pesar de que, sobre todo a los comienzos, la cosa no le había dejado de procurar, de parte de los ambientes conservadores, la acusación de instruir a los jóvenes con «máximas sospechosas»: «esta última acusación se fundaba especialmente – escribe – en que yo permitía a mis jóvenes toda clase de recreación, con tal de que no fuese pecado o contraria a la urbanidad».⁵⁴

3. El oratorio festivo y el colegio: dos sistemas educativos

Podríamos decir que, hacia la mitad de los años 50, don Bosco había llegado a definir, no sólo los «lugares», sino también los principios clave de lo que habría de ser ya su empeño educativo. Naturalmente, para conocer mejor

⁵² BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 34-35.

⁵³ BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 65. Y continuando a ilustrar a Rattazzi el carácter de la obra educativa inspirada en el criterio de una auténtica prevención, don Bosco añadía: «Oltre a ciò, si circondano [i ragazzi], per quanto è possibile, di un'amorevole assistenza in ricreazione, nella scuola, sul lavoro; s'incoraggiano con parole di benevolenza, e non appena mostrano di dimenticare i propri doveri, loro si ricordano in bel modo e si richiamano a sani consigli. In una parola si usano tutte le industrie, che suggerisce la carità cristiana, affinché facciano il bene e fuggano il male per principio di una coscienza illuminata e sorretta dalla Religione» (*Ibid.*, p. 65-66).

⁵⁴ BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 45.

en qué modo atendía a la realización de tal empeño, sería necesario iniciar un atento análisis de su obra, tanto más que, según él, una correcta estrategia educativa debería adaptarse a las exigencias específicas de cada situación. En realidad, a medida que procedía en la puesta en práctica de su proyecto, don Bosco seguía dos sistemas: el del Oratorio festivo, que respecto a los primeros encuentros dominicales algo improvisados había adquirido una mayor continuidad, llegando a ser de hecho, cotidiano; y el sistema del colegio, la nueva institución que, aunque ya funcionaba desde 1853 con los dos primeros talleres, se delineó de forma neta y precisa sólo después de la puesta en marcha del ciclo gimnasial completo. Pero para tener un cuadro más completo, sería oportuno que tuviésemos en cuenta una ulterior división dentro del sistema del colegio, puesto que don Bosco, a pesar de atenerse a los mismos principios, adoptó diversas líneas, según se tratase de artesanos, estudiantes o clérigos estudiantes; sobre todo, cuando instituidas todas las cinco clases gimnasiales, debió salir del clima de sencillez seguido hasta entonces e introducir una reglamentación más exigente y puntual de cada una de las secciones. Siendo imposible, en este momento, hacer un examen pormenorizado de los varios itinerarios educativos que don Bosco fue recorriendo, nos limitaremos a hacer algunas reflexiones de carácter general en torno al sistema del Oratorio para externos y al del colegio.

Por lo que se refiere a la concepción que, en medio de su actividad, había madurado sobre el Oratorio festivo, merece la pena examinar el primer *Regolamento dell'Oratorio* que, siguiendo la pauta de algunos reglamentos de oratorios milaneses, don Bosco comenzó a elaborar hacia 1852, precisamente con la intención de ordenar el aflujo de los jóvenes que frecuentaban Valdocco los domingos y los días laborables por la tarde. Estos jóvenes, después de la introducción del internado, se llamarían «externos».⁵⁵ El Reglamento precisaba que el fin del Oratorio era «entretener a la juventud en los días de fiesta con agradable y honesta recreación después de haber asistido a las sagradas funciones en la iglesia».⁵⁶ Al poner en guardia contra una interpretación reductiva de tal concepción, P. Braido ha escrito que don Bosco tenía en su mente no un simple «ricreatorio» o «ritrovo giovanile», sino una «scuola d'istruzione, di pratica religiosa e di ispirazione cristiana alla vita».⁵⁷ El término *escuela* se debe tomar, obviamente, en sentido no literal, pues si es verdad que se preveían al-

⁵⁵ Este *Regolamento* fue publicado por Lemoyne en: MB III, 91-92.98-108. Según el biógrafo salesiano, la redacción del escrito se habría ya hecho, en gran parte, en 1847; pero es muy probable que, como sostiene P. Braido, tal redacción haya sido realizada en torno al año 1852 (cf. BRAIDO, *Don Bosco nella Chiesa*, p. 36). El texto definitivo del *Regolamento* para los externos fue publicado en 1877: *Regolamento dell'Oratorio di S. Francesco di Sales per esterni*, Torino, Tipografia Salesiana 1877, ahora en: OE XXIX, 31-92.

⁵⁶ MB III, 91.

⁵⁷ P. BRAIDO, *Il sistema preventivo di don Bosco*, Zürich, PAS Verlag 1964, p. 322. Sobre el oratorio festivo, véase lo escrito por BRAIDO, *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 160ss.

gunos momentos escolares propiamente dichos, la formación de los que frecuentaban el Oratorio debía tener lugar de modo informal y en consonancia con cuanto progresivamente era sugerido por las circunstancias y por la inventiva de los educadores. En suma, en lo que don Bosco pensaba era un alegre y sereno «ambiente» pedagógico que, haciendo fructificar las diversas oportunidades – escuela, juego, teatro, excursiones –, supiese ofrecer a los muchachos un sólido apoyo para su crecimiento moral, espiritual y religioso. La estructura que debería favorecer el logro de este objetivo era, más bien, articulada. En efecto, al lado del director («el superior principal, que es responsable de todo lo que ocurre en el oratorio»), el Reglamento ponía a un grupo de colaboradores más directos – desde el prefecto al director espiritual –, los cuales, por sus delicadas responsabilidades, no podían ser sino sacerdotes, y otro grupo de ayudantes – asistentes, sacristanes, monitores, catequistas, bibliotecarios –, algunos de los cuales serían escogidos de entre los jóvenes más capaces y ejemplares.

Don Bosco se había convencido de que para entrar en el Oratorio festivo se debía o ejercer un oficio o tener, al menos, la intención de ejercerlo: «Quien estuviese desocupado y deseara trabajar puede dirigirse a los Protectores, y será ayudado por ellos».⁵⁸ No debe sorprender que la actividad laboral revisitase tanta importancia a los ojos del sacerdote piamontés. Éste, fiel a una idea que le era muy querida, afirmaba en el Reglamento de los externos que el ocio y la desocupación generarían todos los vicios y harían inútil toda suerte de instrucción religiosa.⁵⁹ Es evidente, sin embargo, que con las nuevas disposiciones el Oratorio tendía a caracterizarse con rasgos diversos respecto al de los orígenes. En efecto, mientras en los comienzos había sido ideado – como se ha visto – para socorrer, principal aunque no exclusivamente, a los muchachos salidos de la cárcel y abandonados a sí mismos, el Oratorio se convertía ahora en un servicio abierto a todos los jóvenes que, ocupados en alguna actividad, desearan utilizar, positivamente, su tiempo libre. La transformación no era una cosa de poca importancia. Muy probablemente tal transformación se debía al hecho de que, al proponerse don Bosco la integración directa de sus muchachos en la vida de trabajo, el oratorio había acabado por ser cada vez más frecuentado por jóvenes artesanos; pero no se debe excluir que la nueva apertura derivase también de las reflexiones con las cuales, frente al cambiado contexto cultural, el sacerdote piamontés consideraba urgente ofrecer un apoyo no ya a una porción particular de la juventud, sino a los jóvenes en general, fuesen estudiantes o aprendices.⁶⁰ Convendrá, sin embargo, añadir que, aun con esta perspectiva

⁵⁸ MB III, 92.

⁵⁹ MB III, 92. Sobre la contraposición establecida por don Bosco entre vida activa y vida ociosa, he tenido ocasión de ocuparme en el citado seminario de estudio de Venecia, con una comunicación: *Il tema del lavoro nell'esperienza pedagogica*, publicada en: NANNI (ed.), *Don Bosco e la sua esperienza pedagogica*, p. 113-131.

⁶⁰ En el mismo *Regolamento* se afirmaba que se tenían presentes especialmente «i giovanetti

pedagógica más vasta, don Bosco siguió afirmando que era necesario tener una mirada de predilección para los más pobres.

Concebido ya en función de sectores juveniles cada vez más amplios, el oratorio festivo, de cara a sus huéspedes, adoptaría un espíritu de gran comprensión. El Reglamento establecía que las puertas estuvieran abiertas aun a los más díscolos, siempre que no diesen escándalo y manifestasen la voluntad de observar una conducta mejor.⁶¹ Esta declarada tolerancia no debe hacer creer que don Bosco hiciese la hipótesis de una propuesta educativa fofa e imprecisa. El elemento en torno al cual habría girado la obra del Oratorio era el religioso. Al esbozar la figura del director, el Reglamento decía: «Este debe ser como un padre en medio de sus propios hijos, e ingeniarse de todas las maneras posibles para insinuar en los jóvenes corazones el amor de Dios, el respecto a las cosas sagradas, la frecuencia de los Sacramentos, la filial devoción a María Santísima».⁶² El empeño educativo del director se debía considerar, obviamente, dirigido al Oratorio en su conjunto: todo debería concurrir, no sólo a promover el conocimiento de las verdades cristianas, sino también a favorecer su aplicación en la vida cotidiana. Para comprender en qué medida estaba enraizada en don Bosco la preocupación de ver a sus muchachos hacer propias aquellas verdades, es suficiente repasar la narración, publicada por él en 1855, *La forza della buona educazione*; a pesar de que la primera parte era, en realidad, la traducción casi literal de una obrita francesa.⁶³ Don Bosco se complacía en resaltar que el joven protagonista, Pietro, que en la narración era presentado precisamente como alumno del Oratorio de Valdocco, había sido

operai, i quali nei giorni festivi soprattutto vanno esposti a grandi pericoli morali e corporali»; pero no se excluían «gli studenti, che nei giorni festivi o nei giorni di vacanza vi volessero intervenire» (MB III, 91). Por otra parte, los estudiantes venían ya a Valdocco desde hacía tiempo, si bien con una finalidad especial. Es sabido que desde los comienzos, don Bosco había invitado a «giovani di buona condotta e già istruiti» (MO 128), que, además de mantener el orden, le ayudasen a leer y cantar cantos sagrados.

⁶¹ MB III, 92.

⁶² MB III, 98.

⁶³ G. BOSCO, *La forza della buona educazione. Curioso episodio contemporaneo*, Torino, Paravia 1855, ahora en: OE VI, 275-386. En la presentación, don Bosco declaraba que había utilizado un escrito francés titulado: *Un mari comme il y en a beaucoup, une femme comme il y en a peu*. De esta obrita, publicada anónima, pero nacida, quizás, en los ambientes de los hermanos de las Escuelas Cristianas, P. Stella ha encontrado una edición de 1869 (Caen, Chénel Librairie 1869, 7ª ed.), puesta, amablemente, a mi disposición. La comparación de *Un mari* con *La forza della buona educazione* permite establecer que los seis primeros capítulos de la segunda constituyen la traducción de toda la obrita francesa. Es probable que los capítulos restantes (aquellos en que se acompaña a Pietro, el joven protagonista, desde el día de la primera comunión hasta el servicio militar) sea obra de don Bosco. Hay que decir además que también en la parte simplemente traducida, se pueden encontrar algunas añadiduras o variantes, a veces no sólo marginales. Por ejemplo, a lo largo del diálogo en que la madre recomienda a Pietro referirle, todas las tardes, las conversaciones tenidas con los compañeros de trabajo, don Bosco añade una nota típica de su visión pedagógica: «Così – decía precisamente la madre al hijo – io potrò sempre darti buoni consigli intorno a ciò che devi fare e intorno a ciò che devi fuggire» (OE VI, 282).

un ejemplo de virtud cristiana asistiendo a la misa no sólo en los días de fiesta, sino también en los días laborables, acercándose regularmente a los sacramentos de la confesión y comunión, haciendo cotidianamente lectura espiritual (*Il giovane provveduto*), evitando las malas compañías y huyendo del ocio.

Pero en la visión de don Bosco, el Oratorio debía hacer que los jóvenes, profundizando en la vida cristiana, llegasen a ser al mismo tiempo, hombres honestos: «Entrando un joven en este Oratorio – subrayaba el Reglamento – debe convencerse de que éste es un lugar de religión, en el que se desea formar buenos cristianos y honestos ciudadanos».⁶⁴ Esto significaba que se habría tratado de promover virtudes tales como el altruismo, la honradez, el sentido del deber, el respeto a las autoridades constituidas. Es significativo, también aquí, el modelo de joven que don Bosco ilustraba a través de las páginas de *La forza della buona educazione*: Pietro había honrado al padre y a la madre aceptando los sacrificios que le habían pedido; se había comportando en el trabajo de forma encomiable, conquistando tanto la estima del patrón – que había apreciado «la fidelidad, la puntualidad, la actividad» – como la simpatía de los compañeros, «que no podían tener asistente más paciente, más caritativo»; pero no menos leal y generoso se había mostrado para con la patria, que le había llamado al servicio militar.⁶⁵

Si es bastante fácil delinear el perfil del Oratorio festivo que don Bosco acariciaba en los años 50, resulta mucho más difícil establecer si tal ideal logró ser traducido, y en qué medida, en la realidad de todos los días. Algunos testimonios de proveniencia salesiana no han dudado en reconocer que el Reglamento para los externos no fue nunca practicado integralmente, ni siquiera en Turín.⁶⁶ Por desgracia no existe hasta hoy un estudio serio y riguroso que precise la situación del Oratorio festivo de Valdocco, durante la vida de don Bosco. Las actas de las reuniones o conferencias del personal de la casa turinesa no ofrecen elementos dignos de relieve, al menos para el período del que son disponibles.⁶⁷ Sería simplista deducir de esta ausencia de referencias (aun-

⁶⁴ MB III, 92. Véase además la definición del Oratorio que daba don Bosco el 20 de diciembre de 1851, al presentar una gran lotería promovida por él: «una casa di domenicale adunanza, in cui potessero gli uni e gli altri aver tutto l'agio di soddisfare ai religiosi doveri, e ricevere ad un tempo una istruzione, un indirizzo, un consiglio per governare cristianamente e onestamente la vita» (E I, 49).

⁶⁵ Pietro se había expresado en estos términos ante el padre que se angustiaba al ver al hijo marchar al servicio militar: «Non affannatevi, padre, siamo cittadini, dobbiamo servire la patria» (OE VI, 343).

⁶⁶ Cf. la comisión de estudio establecida para preparar el XI Capítulo general (cf. *Annali* IV, p. 7).

⁶⁷ Sobre estas conferencias, cf. las correspondientes actas conservadas en: ASC: 0592 *Deliberazioni del Capitolo dal 1866-1877*; 38 *Torino Oratorio S. Francesco di Sales Adunanze del capitolo della casa Ottobre 1877 - Genn. 1884*. Como es fácil intuir, estas actas constituyen una documentación de primaria importancia, para la vida de la casa de Valdocco, y, más en general, para la historia de la Sociedad salesiana. Sobre estos documentos está trabajando, desde hace algún tiempo, José Manuel Prellezo. Entre sus trabajos, cf. J.M. PRELLEZO, *Fonti letterarie della circolare «Dei*

que sea en el ámbito de un órgano ciertamente importante como eran aquellas conferencias) la conclusión de que el Oratorio se estuviese, por así decir, agotando. Por los documentos examinados, hemos sacado la impresión de que, en efecto, después de los años 40-50, se había impuesto como institución educativa de relieve, el Oratorio festivo presentaba algunos síntomas de crisis.⁶⁸ A este propósito, hay que observar que, después de informar a Pío IX en 1853 de la intención de fundar una sociedad religiosa que garantizase continuidad a su trabajo, don Bosco comenzó a viajar frecuentemente, encontrándose así en la necesidad de confiar las responsabilidades cotidianas de su obra a los colaboradores más vecinos, como don Rua o don Francesia: elementos, ciertamente de valor, pero jóvenes – al comienzo coetáneos de los mismos jóvenes de quienes tenían que ocuparse –, sin el carisma del fundador, replegados sobre los problemas de la casa hasta el punto de no darse completamente cuenta de las profundas transformaciones socioculturales de Turín y, en general, del país. Es, pues, comprensible que el Oratorio festivo de Valdocco, la institución más ligada a las dotes de «conquistador» de jóvenes, cual era don Bosco, entrase en una fase de desaceleración. Una fase que estaba destinada, en realidad, a durar mucho tiempo y de la que saldría sólo en los primeros años 80, después de que – en 1883 – el tercer Capítulo general de la Sociedad salesiana inició una reflexión sobre los oratorios festivos,⁶⁹ y después de que –

castighi da infliggersi nelle case salesiane», en «Orientamenti Pedagogici» 37 (1988) 625-642; ID., *Studio e riflessione pedagogica nella congregazione salesiana 1874-1941. Note per la storia*, en RSS 7 (1988) 35-88.

⁶⁸ Esta impresión la comparte también P. Stella, el cual refiriéndose, en realidad, más a los oratorios festivos en general que al de Valdocco en particular, escribe: «Gli oratori festivi, la stampa, i pensionati, le scuole agricole non mancano e sono presenti nell'opera legislativa dei Capitoli generali, ma in pratica soprattutto gli oratori festivi pare attraversino negli ultimi decenni del secolo una fase di compressione e di deperimento» (STELLA, *Don Bosco* I, p. 124).

⁶⁹ El tercer Capítulo general, celebrado en Valsalice del 2 al 7 de septiembre 1883, trató de los oratorios festivos en el punto VII: «Impianto e sviluppo degli Oratori festivi presso le case salesiane». En vista de las deliberaciones a tomar sobre el tema, los directores de las casas fueron invitados a enviar toda clase de sugerencias útiles: ASC 04 *Capitolo generale III 1883* («Convocazione Proposte»). Sobre la base de las propuestas enviadas, el Capítulo discutió el problema en la sesión del 5 septiembre. En las actas de estas sesiones hay una nota que confirma que, en los comienzos, el Oratorio de Valdocco descansaba completamente sobre los hombros de don Bosco: «dapprincipio don Bosco doveva fare di tutto: bisogna cercare o chierici o giov[an]etti fra' più adatti e buoni che disimpegnino gli ufficii secondari. E perciò fissarsi bene sul Regolamento speciale». Don Bosco formula un canon en estos términos: «Il Direttore della Casa particolare sceglierà d'accordo coll'Ispettore un sacerdote che abbia cura speciale dell'Oratorio festivo» (ASC 046, *Capitolo generale III - 1883 Verbalì*). Terminada la discusión, el Capítulo emanó varias directrices generales para los oratorios festivos; pero, no habiéndose podido estudiar exhaustivamente todos los puntos del orden del día, los trabajos del tercer Capítulo general iban a ser completados por los del Capítulo sucesivo (1886), y las deliberaciones sobre los oratorios festivos aparecieron, por tanto, en: *Deliberazioni del Terzo e Quarto capitolo Generale della Pia Società Salesiana tenuti in Valsalice nel settembre 1883-1886*, S. Benigno Canavese, Tipografia Salesiana 1887, ahora en: OE XXXVI (el nuevo *Regolamento* de los oratorios festivos se encuentra en las p. 274-276).

en 1884 – don Bosco decidió llamar a la dirección del Oratorio de Valdocco un inteligente y activo educador como don Pavia.⁷⁰

Es conveniente, por otra parte, no olvidar que, a partir de los años 60, don Bosco y sus colaboradores estuvieron ocupados prevalentemente en el intento de potenciar el colegio. Varios elementos pesaron sobre la particular atención dedicada entonces por el sacerdote piamontés a la segunda de sus instituciones. Hemos recordado que, hacia mitad de los años 50, maduró en don Bosco la idea de un instituto religioso compuesto de personas entregadas a la educación de la juventud: en 1859, sostenido por el estímulo de Pío IX, pidió a algunos clérigos, que compartían ya el proyecto, que diesen su adhesión formal a la Sociedad salesiana. En este contexto el colegio de Valdocco venía a tener una función especialmente importante: serviría, precisamente, para favorecer el reclutamiento de personas dispuestas a abrazar el especial apostolado educativo de don Bosco. Su servicio resultaba tanto más precioso en cuanto que el internado, disponiendo de la sección de estudiantes y de artesanos, habría consentido alimentar, con la primera, las vocaciones sacerdotales y, con la segunda, las de los salesianos laicos.⁷¹ Naturalmente, cuando la Sociedad salesiana echó sólidas raíces y – confortada por el reconocimiento pontificio en 1869 – se difundió con la rapidez y con la amplitud que conocemos, el colegio de Valdocco ya no pudo cumplir de forma adecuada la función de vivero vocacional y, en aquel punto, fue necesario replantearse el problema en su globalidad y activar estructuras de formación específica.

Debió también de afianzarse en don Bosco la idea de la propuesta educativa de los colegios debido a la constatación de que el Estado persistía en reducir los espacios de libertad de que, hasta entonces, había gozado la Iglesia. Baste recordar que en 1855 – el año en que, no por casual coincidencia, don Bosco concebía su Sociedad salesiana – el gobierno había decretado la supresión de todas las congregaciones religiosas, a excepción de las que perseguían fines educativos y asistenciales.⁷² Al final de los años 50, se pusieron también dificultades y problemas a la Iglesia en el campo de la escuela. La ley Casati de 1859 consentía a los privados abrir escuelas propias en el sector de la instrucción secundaria, pero con la condición de que las personas encargadas de la enseñanza cumpliesen los mismos requisitos que se exigían para enseñar en una escuela secundaria pública.⁷³ Esta disposición iba a suministrar las razones

⁷⁰ Sobre don Giuseppe Pavia (1852-1915), cf. *Un apostolo degli oratori festivi*, Torino, Tipografia Salesiana 1919.

⁷¹ Como es sabido, la Sociedad querida por don Bosco estaba compuesta de sacerdotes, clérigos y coadjutores laicos. Para una visión de conjunto de la historia del coadjutor salesiano, cf. la documentación recogida por P. BRAIDO, *Religiosi nuovi per il mondo del lavoro*, Roma, PAS 1961.

⁷² Sobre las dificultades que don Bosco tuvo que superar en relación con la situación creada por la ley del 29 mayo 1855, cf. la minuciosa reconstrucción de los hechos en: STELLA, *Don Bosco* I, p. 129ss.

⁷³ Como la historiografía ha subrayado ampliamente, la ley Casati se atenía, pues, al criterio de una libertad vigilada. Entre las razones que movieron al legislador a seguir este camino, se pue-

jurídicas de la acción vejatoria con que, por motivos frecuentemente ideológicos, la administración escolar comenzó a enfrentarse con las escuelas católicas mediante controles e inspecciones para verificar la conformidad de éstas con la ley. El gimnasio de Valdocco y el colegio fundado por don Bosco en 1863 en Mirabello Monferrato no escaparon a estas vejaciones. Sí, además de esto, se considera que en 1861 el nuevo Parlamento proclamaba no sólo el Reino de Italia, sino también – aunque simbólicamente – Roma capital, con el contencioso que la propuesta abrió inmediatamente; y si se tiene en cuenta que, sobre el telón de fondo de las tensiones entre el Estado y la Iglesia, las sectas intensificaron sus ataques contra la religión católica, no causa maravilla que don Bosco encontrase nuevas razones para preocuparse de la evolución sociopolítica y se convenciese de la extrema urgencia de dar vida a una red de colegios como estructuras educativas privilegiadas para salvaguardar a la juventud de los efectos disgregantes del cada vez más marcado ateísmo social.

Don Bosco creía que «preservazione» e «immunizzazione» eran ya las condiciones indispensables para una seria formación moral y religiosa de las nuevas generaciones.⁷⁴ A esta luz se comprende el régimen de minuciosas reglas que, en los primeros años 60, introdujo en el colegio de Valdocco, tanto más que, como se ha observado, dicho colegio habría debido funcionar como pequeño seminario. Así como el oratorio festivo era una estructura «abierta» donde los muchachos entrarían y permanecerían con la sola condición de que tuviesen un trabajo y compartiesen los valores humanos y religiosos del ambiente, en la misma medida el colegio asumía el perfil de una institución «cerrada» respecto al mundo externo y controlada por precisas reglas referentes a la administración y a la permanencia. En el primer *Regolamento del parlatorio*, redactado en 1860 para Valdocco, se podían leer disposiciones como ésta: «1. No se permite a los jóvenes del Oratorio hablar con toda clase de personas sin el permiso explícito de los Superiores, o del Encargado. No pueden ser llamados al locutorio más de dos veces al mes, y solamente desde media hora antes de las dos de todos los días, excepto los festivos. 2. No se permiten nunca salidas especiales, ni con los parientes ni con otros [...] 7. No está permitido a los parientes entrar en los dormitorios de los jóvenes».⁷⁵ Pero igualmente rigurosa era la recomendación que don Bosco dirigía en 1863 a don Rua en una carta, destinada a convertirse (con el título de *Ricordi confidenziali ai direttori*) en

den recordar: 1) la preocupación de evitar que un sistema de total autonomía pudiese ser usado, instrumentalmente, contra el Estado; 2) el deseo de que las escuelas creadas por libre iniciativa impartiesen una instrucción, al menos, digna. Sobre la ley Casati y las reacciones provocadas por la misma, sobre todo en campo católico, me ocupé hace tiempo en: L. PAZZAGLIA, *Educazione e scuola nel programma dell'Opera dei Congressi (1874-1904)*, en: *Cultura e società in Italia nell'età umbertina*, Milano, Vita e Pensiero 1981 (especialmente p. 423ss).

⁷⁴ Sobre el ideal de colegio acariciado por don Bosco, cf. las acotaciones de BRAIDO, *Il sistema preventivo*, p. 330ss. (recogidas después en: *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 389ss.) y de STELLA, *Don Bosco I*, p. 121ss.

⁷⁵ MB VI, 597-598.

uno de los textos clásicos de la tradición pedagógica salesiana: «No aceptarás nunca alumnos expulsados de otros colegios, o que sepas que son de malas costumbres. Si, a pesar de la debida cautela, ocurriese que se acepta alguno de este género, señálale enseguida un compañero seguro que le asista y no le pierda nunca de vista. Si cometiese faltas obscenas, avísesele una vez, y si recae, sea enviado inmediatamente a su casa».⁷⁶ También el *Regolamento per le case* de 1877, que don Bosco y sus colaboradores fueron preparando a través de diversas redacciones,⁷⁷ llamaría la atención sobre la necesidad de una atenta prudencia en las aceptaciones.

Pero no se debe pensar que en Valdocco y en los otros institutos que se iban fundando, el rigor sustituyese a la alegría con una visión sombría de las cosas. Don Bosco estaba convencido de que la alegría era «una forma di vita» congénita no sólo a la índole de los muchachos, sino también al cristianismo que, en cuanto anuncio de verdad, no podía sino producir gozo interior.⁷⁸ A su entender, los jóvenes internos deberían, por tanto, gozar no sólo de adecuados entretenimientos recreativos, sino, más profundamente, de un clima general de confiado optimismo. Don A. Caviglia escribió que «el *servite Domino in laetitia* podría llamarse el undécimo mandamiento de la casa de don Bosco».⁷⁹ Y no se crea que, al caracterizarse el colegio por el orden y la disciplina, el sacerdote piamontés tuviese la intención de renunciar al espíritu de familia que tanto le interesaba y que él ponía en estrecha relación con la amorosa paternidad que el director debería usar con cada uno de sus jóvenes. En la citada carta a don Rua — al que también recomendaba que no transigiese mínimamente en lo que se refería a la rectitud de vida de sus huéspedes —, advertía: «Procura más bien hacerte amar que hacerte temer. La caridad y la paciencia te acompañen constantemente al mandar, al corregir, y obra de tal suerte que todos saquen por tus hechos y palabras que lo que buscas es el bien de las almas. Cuando se trate de impedir el pecado, toléralo todo».⁸⁰ Es sabido que, según don Bosco, si se quiere ayudar a los muchachos a desarrollar las riquezas interiores puestas en ellos por la gracia de Dios, es necesario rodearlos de una caridad sensible, por la cual cada uno de ellos se sienta valorizado. Desde esta óptica, juzgaba que el colegio, lejos de irritar a los jóvenes con ejercicios

⁷⁶ Los *Ricordi confidenziali ai direttori* han sido publicados por F. Motto en: BOSCO, *Scritti pedagogici*, p. 71-86 (el pasaje citado se halla en la p. 82).

⁷⁷ *Regolamento per le case della Società di San Francesco di Sales*, Torino, Tip. Salesiana 1877, ahora en: OE XXIX, 97-196; en el capítulo relativo a los criterios a seguir en la admisión de los muchachos, el *Regolamento* precisaba: «Parimenti si baderà a non ammettere dei giovani od altri individui, che per la loro cattiva condotta e massime perverse potessero riuscire d'inciampo a' propri compagni, perciò si esigerà da ciascuno un certificato di condotta dal proprio parroco» (p. 156-157).

⁷⁸ BRAIDO, *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 370.

⁷⁹ A. CAVIGLIA, *Il Magone Michele* (vol. V de las *Opere e scritti editi ed inediti di don Bosco*), Torino, SEI 1965, p. 149.

⁸⁰ BOSCO, *Ricordi confidenziali*, p. 79.

militarescos mortificantes, debía crear en torno a los alumnos un ambiente de serena familiaridad: las relaciones de bondad y de confianza recíproca suavizan las inevitables tensiones entre superiores y discípulos, y permiten a estos últimos crecer plenamente.

Casi no es necesario subrayar que, para don Bosco, la validez de un colegio se medía por la capacidad que tenía de promover, ante todo, la formación moral y religiosa. Ciertamente él evitaba cuidadosamente el mortificar las actividades referidas a la formación propiamente humana y profesional. Es más, don Bosco, animado por una visión cristiana profundamente empapada de humanismo, consideraba esencial, por ejemplo, que sus pobres artesanos adquiriesen la práctica de un oficio, pues de lo contrario, sin poder proveer dignamente a su vida, no podrían tampoco elevarse hacia los valores espirituales y religiosos. Aun así, la convicción de que el problema último era el de llegar a ser «fortunati abitatori del cielo» lo llevaba a considerar que la principal razón de ser del colegio consistía en inculcar a los jóvenes el temor de Dios y en colaborar con la gracia. Naturalmente, en el caso del colegio de estudiantes destinados por don Bosco para seminario, el fundamento religioso llegaba a ser más radical y la espiritualidad propuesta no se alejaba mucho de una normal preparación para el sacerdocio. A tal propósito basta leer las biografías que don Bosco dedicó a D. Savio (1859), a M. Magone (1861) y a F. Besucco (1864), tres jóvenes de relevantes cualidades morales y religiosas, que habían pasado aquellos años por Valdocco.⁸¹ Sus vidas hacían ver que la piedad fundamental de la que ellos se habían alimentado – de la oración a la frecuencia de los sacramentos, del cumplimiento de los deberes del propio estado a la devoción a María – era la de un internado de orientación seminarística.

Para comprender la idea que tenía don Bosco de un colegio católico, puede ser quizás útil la narración *Valentino o la vocazione impedita*, publicada por él en 1866.⁸² En el escrito se comparaban los dos colegios que el joven Valentino había conocido, frecuentando, en primer lugar, un instituto católico al que había sido mandado por el padre, descontento de la precedente experiencia, y donde el muchacho había descubierto que tenía vocación religiosa. Son sintomáticas las diferencias con las que don Bosco contraponía las dos casas. Éstas se distinguían en primer lugar por el enfoque fundamental: el instituto laico reservaba a las prácticas religiosas un puesto completamente marginal

⁸¹ G. BOSCO, *Vita del giovanetto Savio Domenico allievo dell'Oratorio di San Francesco di Sales*, Torino, Paravia 1859 (ahora en: OE XI, 151-292); G. BOSCO, *Cenno biografico sul giovanetto Magone Michele allievo dell'Oratorio di San Francesco di Sales*, Torino, Paravia, 1861 (en: OE XIII, 155-250); G. BOSCO, *Il pastorello delle Alpi ovvero vita del giovane Besucco Francesco d'Argentera*, Torino, Paravia 1864 (en: OE XV, 243-434).

⁸² G. BOSCO, *Valentino o la vocazione impedita*, Torino, Tip. dell'Oratorio di San Francesco di Sales 1866 (ahora en: OE XVII, 179-242). Cf. G. BOSCO, *Valentino o la vocazione impedita*. Introduzione e testo critico a cura di M. Pulingathil, Roma, LAS 1987 (las citas que siguen han sido tomadas de esta edición).

(«no se hacía ni meditación, ni lectura espiritual; y las oraciones se recitaban en común, pero una sola vez al día, estando de pie y muy deprisa»); el católico, en cambio, asumía la religión como propio principio inspirador («la religión [es] enseñada, recomendada y practicada de forma excepcional»). Pero, como el responsable de la edición crítica de la novela ha subrayado, los dos colegios se diferenciaban también desde el punto de vista metodológico.⁸³ En efecto, mientras el primero parecía que se fundaba exclusivamente en la disciplina – al menos por los rasgos con que se describía al director –, el segundo se orientaba según una concepción pedagógica abierta – alegría, estudio, piedad – y podía, además, contar con la presencia discreta pero continua de un director constantemente preocupado del progreso moral y espiritual de sus muchachos-hijos.⁸⁴

4. Entre las exigencias de reglamentación y nuevos problemas educativos

Después que en 1869 la Sociedad salesiana tuvo el reconocimiento pontificio, don Bosco estuvo muy absorbido por preocupaciones de tipo jurídico-organizativo, porque debía redactar y hacer aprobar las Constituciones (1872-1874) y porque comenzando la Sociedad en 1875 a implantarse fuera de Italia y hasta a lanzarse en la empresa misionera, era necesario seguir su desarrollo, evitando que el rápido y amplio crecimiento resultara en menoscabo de una imprescindible unidad de orientación. De esta forma fue inducido a reflexionar sobre el sentido de su obra y sobre la especificidad característica.⁸⁵ Las *Memorie dell'Oratorio*, redactadas por don Bosco en los primeros años 70, nacieron precisamente en el cuadro de tales reflexiones, y fueron elaboradas por el autor con el claro intento de dejar a sus propios colaboradores una especie de memoria viva de sus orígenes. En este contexto, el sacerdote piemontés hizo también la redacción definitiva de los *Reglamentos* para el Oratorio festivo y para las casas, que, como ya hemos recordado, fueron publicados en 1877.

De forma totalmente ocasional tuvo origen, en cambio, *Il sistema preven-*

⁸³ BOSCO, *Valentino*, p. 42-43.

⁸⁴ A propósito del primero de los dos directores, se decía: «[Valentino] aveva un direttore affabile sì, ma deciso nel comandare, severo nel pretendere, rigoroso in ogni ramo di disciplina» (*Valentino*, p. 58). El sacerdote que dirigía el colegio católico era presentado, por el contrario, como persona afectuosa, aunque no melosa, capaz de adentrarse en las heridas más secretas de los jóvenes interlocutores, inteligentemente preocupada del destino de las almas: «Da quel giorno la vita di lui [Valentino] fu di vera soddisfazione al suo direttore che non perdetto più di vista il figliuolo spirituale che aveva acquistato» (*Ibid.*, p. 71).

⁸⁵ Sobre la especial atención con la que don Bosco y sus colaboradores fueron inducidos, en aquellos años, a profundizar el sentido de su propuesta pedagógica, cf. PRELLEZO, *Studio e riflessione pedagogica*, p. 41-42; ID., *Il sistema preventivo riletto dai primi salesiani*, en «Orientamenti Pedagogici» 36 (1989) 40-61.

tivo. En este momento nosotros no seguiremos su génesis, ni haremos un examen pormenorizado de sus contenidos, porque, en último término, tendríamos que repetir cosas que P. Stella y P. Braidó han dicho ya eficazmente, resaltando – entre otras cosas – asonancias, convergencias y conexiones de la obrita con los escritos de autores como el hermano Agathon, el abate Blanchard, el canónigo Audisio, el lazarista Monaci, el barnabita Teppa, mons. Dupanloup.⁸⁶ Pero es útil subrayar que, a pesar de haber nacido como simple desarrollo de la conferencia dada por don Bosco el 12 de marzo de 1877 en Niza con ocasión de la inauguración del Patronage Saint Pierre, el pequeño tratado adquirió muy pronto, dentro y fuera de la Sociedad salesiana, una relevancia que ni siquiera el autor había imaginado.⁸⁷ El hecho tiene su explicación: tén-gase presente que don Bosco, reordenando durante aquellos meses – junto con sus colaboradores – los *Reglamentos*, decidió introducir la conferencia de Niza en el *Regolamento per le case* (1877). De este modo, la obrita asumió, a los ojos de los salesianos, el significado de «ley fundamental», y bastante rápidamente fue utilizada como metro de juicio para valorar la conformidad de las varias casas – en actividad o en vías de institución – con los principios y el espíritu de la Sociedad salesiana.⁸⁸ Es necesario añadir, sin embargo, que *Il sistema preventivo* tenía el valor objetivo de ilustrar de forma sumaria pero eficaz algunos de los criterios inspiradores de una experiencia de más de treinta años. En efecto, los tres principios – razón, religión, amabilidad –, sobre los que, más allá de la terminología represivo-preventiva completamente nueva en don Bosco, se llamaba la atención, constituían los contenidos y la metodología en la que se había inspirado, al realizar una obra que de la recuperación de los muchachos abandonados le había llevado, progresivamente, a ocuparse de la formación de los estudiantes y hasta de futuros sacerdotes. No hay, pues, que extrañarse de que, dentro de la Sociedad salesiana, el breve escrito se revistiese de tanta importancia y que don Bosco y sus colaboradores no sólo se persuadiesen de tener en las manos un sistema educativo propio, sino que comenzasen a considerarlo susceptible de ser aplicado más allá de sus ambientes educativos.⁸⁹

La distancia con la cual hoy es posible examinar el opúsculo, permite ver mejor también su límites. P. Stella ha subrayado ya que dicho opúsculo tendía a supervalorar la antítesis preventivo-represivo con la consecuencia de descuidar una parte no indiferente de la problemática educativa; corría el riesgo de

⁸⁶ De STELLA, véase *Don Bosco* II, p. 441-474; de BRAIDÓ, *L'esperienza pedagogica preventiva*, p. 313-319, y sobre todo las amplias notas a G. BOSCO, *Il sistema preventivo nella educazione della gioventù*, Introduzione e testi critici a cura di P. Braidó, Roma, LAS 1985.

⁸⁷ OE XXIX, 99-109.

⁸⁸ BRAIDÓ, *L'esperienza pedagogica di don Bosco*, p. 28ss.

⁸⁹ Fueron reforzados en esta persuasión, además, por los juicios favorables que el método de don Bosco comenzó a recibir, precisamente entonces, de estudios dedicados específicamente a él (cf. BRAIDÓ, *L'esperienza pedagogica di don Bosco*, p. 32ss.).

hacer creer que todo el problema consistía en evitar que los muchachos cometiesen errores; estaba demasiado condicionado por la fórmula del colegio y por la situación que llevaba consigo como, por ejemplo, la asistencia «visible» y «continua» de los jóvenes por parte de los educadores.⁹⁰ Con palabras un poco expeditivas, se podría decir que, más allá de sus indiscutibles méritos, *Il sistema preventivo* no reflejaba el abanico completo de las varias estructuras y actividades a las que el sacerdote piemontés había dado vida, ni la riqueza de motivaciones religiosas y pedagógicas implicadas. Lo que ocurre es que las formulaciones teóricas de don Bosco no lograban expresar justamente el concreto proyecto histórico, que con grande dinamismo y sentido de la realidad, él actuó gradualmente, tratando de adaptar sus ideales de sacerdote y educador a las diversas categorías de jóvenes que encontró a lo largo del camino.

Por lo demás, en el curso de la última década de su vida, don Bosco debía mostrar que se movía en un horizonte más amplio respecto al cuadro de referencia de la obrera de 1877. Sus inquietudes por las condiciones de la juventud continuaban creciendo. Sobre su estado de ánimo actuaban como de costumbre las vicisitudes políticas y especialmente el recrudecerse de la tensión en las relaciones entre Estado e Iglesia, las cuales con la conquista de Roma habían entrado en una fase crítica. Don Bosco temía que iba a deshilacharse el mismo tejido social, en gran medida por efecto de la acción disgregadora de la enseñanza pública. Precisamente poco después de la brecha de Porta Pia, el 29 de septiembre 1870, el ministro de Instrucción pública, C. Correnti, había hecho pública una circular con la que, alterando las disposiciones de la ley Casati, establecía que en las escuelas elementales la instrucción religiosa debía ser garantizada no a todos, sino a los que la hubiesen pedido.⁹¹ En las *Memorie dell'Oratorio*, don Bosco ponía un acento nostálgico en la situación que él había conocido como estudiante gimnasial en Chieri, que es difícil no poner en relación con el disgusto que le causaba el ver a los gobiernos del Estado italiano ensañándose con la presencia de la religión en la escuela: «Está bien que os recuerde aquí que en aquellos tiempos la religión formaba parte fundamental de la educación. Un profesor que, aun bromeando, hubiese pronunciado una palabra obscena o irreligiosa, era inmediatamente depuesto del cargo. Si se hacía así con los profesores, ¡imagínad qué severidad se usaba con los alumnos indisciplinados o escandalosos!». ⁹² Pero mucho más profundas debieron de ser

⁹⁰ STELLA, *Don Bosco II*, p. 462ss.

⁹¹ La disposición fue confirmada por la Circular del 12 de julio de 1871, la cual precisaba que era competencia de los ayuntamientos el hacer impartir la instrucción religiosa por los maestros o por otras personas declaradas idóneas para ello. Sobre las dos circulares de Correnti y, más en general, sobre la política perseguida por Correnti como responsable de la Instrucción Pública, cf. B. PISA, *Cesare Correnti e il dibattito sulla laicità dell'insegnamento*, en «Rassegna Storica del Risorgimento» 62 (1975) 212-229, y las referencias en mi trabajo, *Educazione e scuola nel programma dell'Opera dei Congressi*, p. 426-427.

⁹² MO 54.

las preocupaciones de don Bosco en 1877 cuando, poco después de la llamada revolución parlamentaria, el gobierno de la Izquierda guiado por Depretis promulgaba, por iniciativa del ministro de Instrucción pública, Coppino, dos leyes que daban un ulterior empujón a la secularización de la escuela: la ley del 23 de junio, que disponía la abolición de los directores espirituales en los gimnasios, en los bachilleratos y en los institutos técnicos, y la ley del 15 de julio que no reconocía la religión entre las materias constitutivas de la instrucción elemental, avalando de esta manera el régimen introducido por Correnti.⁹³ Don Bosco se confirmaba, una vez más, en la idea de que no sólo estaba en peligro el joven pobre y abandonado, sino todo muchacho que, junto a la fragilidad de la edad, debía ahora pagar un fuerte escote a una sociedad que iba marginando los valores religiosos.

Los viajes, que desde hacía algún tiempo llevaba a cabo en Europa visitando las casas salesianas, le hacían ver que la condición de los jóvenes en dificultad, en el sentido precisado aquí, era una condición muy difundida, pues los problemas de los muchachos de Turín, Génova y Roma se presentaban no muy diversos de aquellos de sus coetáneos que vivían en París, Marsella o Barcelona. Don Bosco tenía la impresión de que la sociedad de los varios países europeos estaba, aunque fuera por motivos e itinerarios diversos, alejándose rápidamente de la religión como elemento unificador de la vida personal y colectiva, y pensaba que todos los muchachos – sobre todo los de las grandes aglomeraciones urbanas donde los tradicionales controles sociales desaparecían más fácilmente que en los ambientes rurales – estaban, aunque en forma diversa, igualmente expuestos al riesgo de crecer no sólo fuera de las verdades cristianas, sino también alejados de todo sano criterio moral. En este momento, para el sacerdote piemontés, el problema educativo comenzó a unirse cada vez más al de la regeneración de la sociedad y, en el caso de las misiones, al de la civilización de los pueblos. Don Bosco, en la medida en que tomaba conciencia de las graves dificultades con que se encontraba la juventud, en esa misma medida se convencía de que, una vez socorridos y ayudados los jóvenes en el plano religioso además del humano, se habrían puesto también las premisas para una renovación de la misma sociedad. A este propósito, es sugerente la experiencia misionera salesiana sobre la que el fundador llamaba la atención en la carta dirigida al card. Franchi el 13 diciembre 1877.⁹⁴ Llegados a América latina, los misioneros salesianos habían creído oportuno no situarse en medio de los llamados «salvajes», sino en los confines de los pueblos civilizados, fundando allí iglesias, escuelas, hospicios para instruir a «aquellos indios que la religión o la necesidad hubiesen movido a buscar asilo entre los

⁹³ Sobre las iniciativas legislativas de Coppino y, más en general, sobre la política escolar de la Izquierda, cf. A. TALAMANCA, *Libertà della scuola e libertà nella scuola*, Padova, Cedam 1975, p. 202ss.; M. BENDISCIOLI, *La Sinistra storica e la scuola*, en «*Studium*» 73 (1977) 447-466; PAZZAGLIA, *Educazione e scuola nel programma dell'Opera dei Congressi*, p. 438ss.

⁹⁴ E III, 256-261.

cristianos». ⁹⁵ La razón de esta opción era la de hacer que los indios, integrados de este modo en la civilización cristiana, llegasen a ser, a su vez, educadores y evangelizadores de sus tribus: «contraer relaciones con los padres por medio de los hijos, con el fin de que los salvajes llegaran a ser evangelizadores de los mismos salvajes». ⁹⁶

Se podría decir que don Bosco creía que se debía pensar en un criterio análogo para proceder a la regeneración de la sociedad. El camino que permitiría volver a colocar en el centro de la vida colectiva los valores morales y religiosos consistía en volver a acercar a tales valores a las nuevas generaciones. Pero entonces cobra un sentido más preciso la misma línea con la cual don Bosco, poco después de las vicisitudes del 48, y también en la última década de su vida, declaró que quería estar alejado de la política. En realidad (como él mismo tendría, al fin, que admitir), su empeño, sobre todo en esa última fase de la vida, se cargó de inflexiones civiles y latamente políticas, al menos allí donde trataba de hacer hincapié en la educación como instrumento fundamental de transformación social. El 31 de mayo de 1883 escribía a los Cooperadores de la ciudad de Turín: «¿Queréis que os sugiera un trabajo relativamente fácil, muy ventajoso y fecundo de los más amplios resultados? Pues bien, trabajad en torno a la buena educación de la juventud, especialmente de aquella más pobre y abandonada, que es la más numerosa, y vosotros lograréis razonablemente dar gloria a Dios, procurar el bien de la Religión, salvar muchas almas y cooperar eficazmente a la reforma, al bienestar de la sociedad civil; pues la razón, la Religión, la historia y la experiencia demuestran que la sociedad religiosa y civil será buena o mala, según sea buena o mala la juventud que ahora nos rodea». ⁹⁷ El discurso mostraba lo que don Bosco tenía en su mente para la transformación social: una obra que, precisamente a través de la educación, debía poner a todos los jóvenes, especialmente a los pobres y abandonados, en condiciones de atender dignamente a su vida; pero cuyo objetivo último era el de promover la máxima difusión de los valores ético-religiosos, respetando a las autoridades públicas y las estructuras sociopolíticas constituidas.

Naturalmente con vistas a esta obra dirigida, en perspectiva misionera, a llevar «la parola della vita eterna» a pueblos enteros; y, en la perspectiva de la regeneración de las sociedades tradicionalmente cristianas, era necesario poder contar con energías e instrumentos adecuados para reproducir y para consolidar los valores ético-religiosos perdidos o debilitados. La conciencia de la amplitud del empeño llevaba a don Bosco a fundar una organización de Cooperadores con el fin de que, colaborando con las finalidades de la Sociedad salesiana, recogiesen a los muchachos de la calle y tratasen de transfor-

⁹⁵ E III, 257.

⁹⁶ E III, 257.

⁹⁷ BS 7 (1883) 7, 104.

marlos en buenos cristianos y honestos ciudadanos. Don Bosco, sin embargo, no se pararía aquí y, en vista de la realización de su proyecto, habría de buscar la ayuda de círculos de personas cada vez más amplios. Consideraciones de oportunidad y de conciencia de la insuficiencia de su obra, hacían comprender a don Bosco que, lejos de encerrarse en las propias instituciones, convenía dirigir sus pasos hacia un esfuerzo unido de iniciativas que, más allá de sus características específicas, estuviesen coligadas por la misma preocupación caritativo – educativa: «no entendemos – precisaba en un manifiesto de 1877 a los Cooperadores – que éste sea el único medio de hacer el bien en medio de la sociedad civil; al contrario, nosotros aprobamos y ensalzamos altamente a todas las instituciones, uniones, asociaciones públicas o privadas que tienden a beneficiar a la humanidad».⁹⁸ Pero, a cierto punto, su ansia educativa le llevó a cultivar la idea de un movimiento de Cooperadores en el cual hasta tendría que reconocerse la cristiandad entera.⁹⁹

Por lo que se refiere a los instrumentos, en esta última fase, don Bosco hacía ver que ya no estaba ligado de forma prevalente, y mucho menos exclusiva, a la experiencia del colegio. Daba la impresión de querer hacer fructificar todas las oportunidades formativas que, gradualmente, había proyectado y actuado. La cosa se explica, ciertamente, con el hecho de que, encontrándose la Sociedad salesiana empeñada en varios frentes para responder a múltiples necesidades educativas, no existía una fórmula que, por principio, debiera prevalecer sobre las otras: en ciertos casos podía estar bien el colegio; en otros, el oratorio o la escuela nocturna. Pero a uno se le ocurre pensar que, durante estos últimos años, don Bosco tendía a revisar también algunas perspectivas, más generales, como, por ejemplo, la visión con la cual – coincidiendo con el momento de la «colegialización» – había terminado por concebir la relación educativa sobre la falsilla de una asistencia físicamente cercana y continua, y que, debiendo mantener con los mismos jóvenes dirigidos por él relaciones más bien discontinuas – a causa de los numerosos viajes fuera de Turín –, valorizase también, ahora, un tipo de «presencia amorosa y preventiva» más matizada, aunque igualmente partícipe.¹⁰⁰

Pero, sobre todo, se hacía cada vez más profunda la persuasión de que la tarea educativa consistía en hacer de cada muchacho un hombre maduro – P. Braido diría un «uomo tradizionale rinnovato» –, de modo que, de «destinatario del proyecto» llegase a ser, al fin, el «protagonista-operador» de la reconstrucción de la sociedad cristiana.¹⁰¹ Respecto a este tema, son interesantes las múltiples conferencias que don Bosco fue dando a los Cooperadores y que el

⁹⁸ BS 3 (1877) 8, 2.

⁹⁹ BRAIDO, *Il progetto operativo di don Bosco*, p. 33-34.

¹⁰⁰ Podría ser útil, quizás, leer desde esta óptica toda la producción literaria (libros, discursos, cartas) del último don Bosco.

¹⁰¹ BRAIDO, *Il progetto operativo di don Bosco*, p. 24; MILANESI, *Sistema preventivo*, p. 163-164.

«Bollettino Salesiano» registraba puntualmente: «La limosna – decía en un encuentro de 1881 – se extiende al cuerpo y al alma, a la sociedad y a la religión, al tiempo y a la eternidad. [...] Se extiende a la sociedad doméstica y civil, porque los citados muchachos, si son aptos para un taller, con el tiempo, se harán capaces para proveer un honesto sustento a su propia familia, y con su industria y actividad proporcionarán un no pequeño beneficio a la sociedad; si además se dedican al estudio de las ciencias y de las letras, se harán útiles a la sociedad con las obras del ingenio, o con este o aquel empleo civil. Y después, tanto los unos como los otros, estando no sólo instruidos, sino – lo que es más importante –, sabiamente educados, serán siempre una garantía de moralidad y de buen orden entre el pueblo».¹⁰² La insistencia con la cual don Bosco daba tanto relieve a la limosna nacía, ciertamente, de la preocupación de subrayar la amplia gama de efectos benéficos que la caridad tiene ya sobre la tierra antes que en el cielo; pero, al mismo tiempo, hacía transparentar la intención profunda con la que él se ocupaba de la obra que sus benefactores le permitían realizar: aquella obra servía para promover el crecimiento humano-religioso, no sólo de cada persona particular, sino también de la sociedad en todas sus expresiones.

¹⁰² BS 5 (1881) 12, 5.